

El Dependiente de Comercio

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE DEPENDIENTES DEL
COMERCIO, INDUSTRIA Y BANCA DE CARTAGENA

No se devuelven los originales ni sobre ellos se entablará discusión ni correspondencia, publicándose solamente aquellos que firmados por sus autores sean aprobados por la Dirección; pero siempre bajo la responsabilidad absoluta de los firmantes.

Redacción y Administración: Domicilio de la Sociedad: Calle Intendencia, núm. 2.

Director: JULIO MARTÍNEZ MULERO

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE: DON MANUEL LAGUNA DEL FRESNO.

SECRETARIO: ANTONIO MIRALLES LÓPEZ

TESORERO: ANTONIO MECHA.

VOCALES

DON MIGUEL MARÍN, DON CÉSAR NAVARRO, DON ANTONIO GARCÍA MOÑO, DON MANUEL TENDERO.

Redactor Jefe: JOSÉ GUILLÉN MELENDO

SUMARIO

Aspectos: ¡Libros, muchos libros!, por Alfonso Martínez.—Nueva táctica, por Aureliano.—Pro-Jornada, por Juan de Castilla.—Las cortinas burladoras, por Clarividente.—De la Escena, por Traspunte.—La canción del caballo, por Rafael Peragón.—El hidalgo con sotanas (cuento), por León de Albrit.—Paisajes..., por Diego Sánchez (Ravengar).—¡Dependientes!—A Carmen Conde Abellán, por Claudio Domínguez Aguas.—Cuestiones sociológicas: A manera de prólogo, por Pedro Bernal.—Don Juan Tenorio, por el Dr. Nemesio de Heredia (El Españolito).—¡Dependientes de Comercio!—Socorros Mutuos (cuentas).

ASPECTOS

IV

¡Libros, muchos libros!

El aspecto de la ciudad es halagüeño. Cartagena da la sensación de que los hombres que integran su Ayuntamiento, son inteligentes, activos, honrados. Cartagena, ha visto transformarse, rápidamente, como en visión cinematográfica, el arrebato de la calle Real en una vía amplia, higiénica, magnífica; ha visto, que el castillo de la Concepción se ha convertido en un hermoso parque desde el que se admiran perspectivas maravillosas; Cartagena tiene bellos jardines, amplios y hermosos paseos; sus calles están en perfecto estado de urbanización; sus servicios municipales a la altura de los primeros de España...; pero en Cartagena, hay una necesidad que suplir y nosotros desde esta tribuna que han levantado los dependientes cartageneros, vamos a interesar del dignísimo Alcalde señor Torres que supla esa necesidad.

Cartagena está reclamando a voces la creación de bibliotecas populares; Cartagena debe tener en sus paseos y jardines libros, muchos libros; Cartagena, que es una ciudad que vive en la vanguardia de los pueblos cultos, debe tener en la calle al alcance de todos sus habitantes varias fuentes de cultura,—bibliotecas; ¡libros, muchos libros!—donde poder beber hasta saciarse.

*

Hoy y debido a revistas como «La novela corta», «La novela de hoy» y «Los contemporáneos», van a parar a manos del obrero y de la clase media algunas joyitas literarias; mas el obrero y la clase media, no pueden leer lo que quisieran. Tienen sí, ansias infinitas de leer y se les ve buscar ávidos el periódico pre-

dilecto o la novelita corta del autor que prefieren; pero en España, los libros son caros y los que ganan un sueldo o un jornal han de conformarse con admirar en los escaparates de las librerías las obras de los grandes maestros...

Uno de los escritores contemporáneos más ilustres de Europa,—el ático Ramón Pérez de Ayala,—ha dicho que en España no leen los que pueden y que quieren leer los que no pueden. Cierto, muy cierto.

Nosotros hemos visto, emocionados con dolorosa emoción que nos ha llegado a lo más hondo, a un hombre con el honroso traje de mecánico lleno de... —íbamos a escribir «lleno de manchas»; pero no, las huellas del trabajo no deben llamarse manchas—nosotros hemos visto decíamos, a un hombre con traje de mecánico, frente al escaparate de una librería, y, después de leer las cubiertas de los libros, le hemos visto alejarse mal humorado y maldiciendo de su situación económica a la vez que exclamaba en voz alta aun a trueque de pasar por loco:

—¡Quién pudiera leer a Unamuno! ¡Quién pudiera leer esa novela de Pérez de Ayala! ¡Quién fuera rico para adquirir las obras de Galdós...!

También sabemos de individuos de la tan sufrida como abnegada clase media, que llevan a cabo infinidad de sacrificios para adquirir revistas y periódicos y de vez en vez alguno de esos manjares espirituales que son los libros, pero cuantos esfuerzos realizan son insuficientes para hacerse la cultura que desean. Y es doloroso, altamente doloroso, que quienes tienen ansias de aprender, de elevarse culturalmente, no puedan conseguirlo por carecer de medios...

En España se habla mucho del número de analfabetos que hay y de los que creen saber leer y a malas penas deletrean; pero son contadas las veces que se habla de los que saben y quieren y no pueden leer. Para los analfabetos y esos aún peor que los analfabetos que creen saber leer y no saben ni deletrear, escuelas, escuelas, ¡muchas escuelas! y una Ley que castigue la no asistencia a ellas... Y para esos otros que saben, quieren y no pueden leer, bibliotecas, ¡libros, muchos libros! Sí; ¡libros, muchos libros! Ese es el remedio.

*

